

EL CONVENTO FRANCISCANO DE OZUMBA Y LAS PINTURAS DE SU PORTERIA

P O R

MANUEL ROMERO DE TERREROS

El Convento

I

EXTRAORDINARIAMENTE escasas son las noticias que se tienen del antiguo convento franciscano de Ozumba, del Distrito de Chalco, en el hoy Estado de México. Posterior al año de 1585, puesto que no figura en la Descripción de la Provincia del Santo Evangelio de esa fecha, sin embargo, debe haberse fundado antes del final de la décimasexta centuria, y así lo indican claramente las partes más antiguas del edificio. Esto no quiere decir que la iglesia sea necesariamente de la misma época: como es sabido, en no pocos casos, primero se construyó el monasterio y algún tiempo después el templo, cuyas veces hacía, mientras tanto, la capilla abierta, o la simple portería del convento. Debe por lo tanto suponerse que la portería de Ozumba también sirvió para ese objeto.

Que desde principios del siglo XVII fungió el convento como parroquia, lo demuestra el primer libro de bautismos, que se conserva en su cuadrante. Es un manuscrito en cuarto, con cubierta de pergamino, que tiene la siguiente relación, a guisa de portada:

“Siendo Provincial Juan Márquez Maldonado y por su mandado, se comenzó este libro en el mes de enero del año de 1621, siendo Guardián del Convento de Azumba Fr. Christóbal de VSCO (Velasco).”

Abarca el libro hasta el año de 1650; y es digno de notarse que las actas de bautismo de los indígenas se redactaron en idioma náhuatl, mientras que las de los españoles lo fueron en castellano.

Atzomba, o *Atzompan* significa, según algunos autores, "lugar de más allá"; pero el vocablo, en labios castellanos, se convirtió en Ozumba, palabra de más fácil pronunciación y más grata al oído.

A mediados del siglo XVII la librería del convento era bien exigua, puesto que consistía de solamente sesenta y tres tomos de las obras usuales en esas instituciones. Tenía, en cambio, abundantes piezas de plata para el servicio del altar y numerosos ornamentos de los colores rituales.

Fray Agustín de Vetancurt, en su *Crónica de la Provincia del Santo Evangelio de México*, o sea la *Cuarta Parte del Teatro Mexicano*, describe el convento de Ozumba en los siguientes términos:

"*Atzompan*. Al pie del Bolcan esta vn Convento, cuya iglesia es a N. Señora dedicada; viven en el dos Religiosos, que con autoridad del Ministro de Tlalmanalco administran mil docientas y treinta personas, y entre ellas Españoles y mestizos en dos haciendas de labor; y en el Pueblo tiene Cofradía del SS. y de las Animas; no tiene Pueblo de visita; Tercera Orden; a S. Ibon; dos Capillas; vna a Iesus Nazareno, y otra a N. Señora de Guadalupe azie el Norte".

II

Como se ha visto, en 1697, año en que Vetancurt publicó su obra, ya existía la iglesia; pero el caso es que en el interior de la misma, entrando a mano derecha, se encuentra empotrada en la pared, una pequeña lápida con esta inscripción:

S. Martin / De Vergara / Comenzose a 23 / De abril De 1697.

Creemos que lo que comenzó a edificarse en 1697 fué la fachada actual, y seguramente también la torre. El frente es más elevado que el cuerpo de la iglesia y fué evidentemente construído, no por razón funcional (como se dice hoy en día), sino con miras meramente decorativas. La hermosa portada, de tres cuerpos, con típica ornamentación barroca del siglo XVII, se organiza con columnas, nichos, estatuas y relieves, de entre las cuales se destaca, en el tercer cuerpo y dentro de un marco, una muy bien esculpida imagen de la Purísima Concepción y, en la parte superior, un alto relieve del Padre Eterno. Los nichos de los intercolumnios contienen estatuas de San Agustín, San Antonio de Padua,

Santo Domingo y San Francisco de Asís, en cada caso con un breve elogio en latín (que sucesivas capas de pintura han hecho casi indecifrabable), inscrito dentro de una cartela ovalada en la parte superior. Por supuesto que en el siglo XIX sufrió esta fachada, como casi todos sus congéneres el poco feliz aditamento de un reloj.

La puerta de la iglesia, de elegante diseño y bien labradas maderas, se exorna con clavazón de hierro y sendos bajo-relieves de San José y San Antonio. Parece ser obra de mediados del siglo XVIII, lo mismo que el cancel interior.

La torre, de un solo cuerpo, presenta las mismas características que la fachada, pero con remate de un barroco todavía más ornamentado.

III

La planta de la iglesia es de cruz latina, y está situada de oriente a poniente, con entrada a este viento. Tiene bóveda de cañón, con lunetos cónico-cilíndricos, arcos formeros y torales de medio punto, y cúpula de generación esférica con pechinas y linternilla. La bóveda del sotocoro es de cañón rebajado, con lunetos.

Una graciosa portada, en el sotocoro, da acceso a una pequeñísima capilla que ocupa la base de la torre; y otra parecida, pero mayor, en el tercer tramo de la nave, del lado del Evangelio, da entrada al actual Sagrario. Esta capilla carece de interés por haber sido completamente *modernizada*; como se halla "azia el norte", quizás corresponda a la antigua de Guadalupe, que menciona el P. Vetancurt.

Las nervaduras ornamentales de la cúpula datan, a nuestro entender, del primer tercio del siglo XVIII, época en que se erigieron los altares que hasta la fecha existen y que, dicho sea de paso, son de los más hermosos que hay en el país. El retablo mayor, excelente ejemplar del barroco mexicano, es todo de talla en madera dorada, organizado con columnas salomónicas y con numerosas estatuas estofadas, y tiene la particularidad de estar firmado por su autor: en la base de la estatua de San José, próxima al altar, del lado del Evangelio, se lee: FRANCISCO PEÑA FLOR ME FIZO AÑO 1730. Desgraciadamente, en el fatídico siglo XIX, se erigió, en su parte delantera, el imprescindible "ciprés", que afeó tantos monumentos.

El retablo del crucero parece ser un poco posterior al mayor, pero es evidentemente obra del mismo artífice, como lo demuestran los grupos de tres figuras en alto relieve que hay en ambos. Los demás altares antiguos, de inferior calidad, son sin embargo hermosos.

Francisco Peña Flor debe de haber construído también, el muy hermoso altar de San José, de la vecina iglesia parroquial de Amecameca, ya que es patente su semejanza con el retablo mayor de Ozumba.

Tal vez sea de la misma mano del maestro Peña Flor la hermosa tribuna, que se admira en la parte superior del crucero sur, con vistosas celosías, cuyos salientes en forma semicircular le imparten un aspecto tan original como elegante.

Encima de la puerta que queda debajo de la tribuna, hay una cartela con el emblema franciscano, de los brazos de Nuestro Señor y del Santo de Asís, pero ambos, dice el Dr. Fernando Ocaranza, “aparecen como si hubieran sido arrancados de sus respectivos cuerpos, y ambos hubieran sido desarticulados”.

No falta en Ozumba, como en casi todas las iglesias pueblerinas, un “Santo entierro”, es decir, la figura yacente de Nuestro Señor, dentro de una urna de cristales y madera tallada y dorada, obra barroca de fines del siglo XVII, o principios del XVIII; pero de los enseres de la primitiva iglesia, quedan únicamente las pilas de agua bendita y unos porta-ciriales, rudamente tallados en piedra, que revelan la mano de algún escultor indígena.

IV

Una ancha escalera de piedra, ocupa todo un lado del amplio vestíbulo, o antesacristía, que hay entre la puerta del crucero y la antigua Capilla de la Tercera Orden; y conduce, no sólo a la tribuna de la iglesia, sino también a una estancia, sobre la sacristía, que antaño fué capilla, así como a un pasillo que comunica con el claustro superior del convento. La capilla de la Tercera Orden tiene por gala principal un magnífico retablo dorado, anterior al de la iglesia, si se ha de dar crédito a una inscripción, en letras doradas sobre fondo azul, que hay en un óvalo, del lado de la Epístola, y que literalmente reza así:

•En dies y siete De / Marso de 1724 años ce (sic) / puso este Corateral y Capilla Acosta de limosnas / de la Tercera orden y Bienechores.

El retablo es también de columnas salomónicas, pero con pinturas en lugar de esculturas. Tal vez haya sido también obra de Peña Flor.

La cúpula de la capilla es sobre planta octagonal, en gajos, sin tambor ni linternilla, pero con cuatro grandes ventanas que proporcionan amplísima iluminación. Por el exterior, los marcos de estas ventanas de-

notan ser obra de pleno siglo xvii; y en lugar de linternilla, corona la cúpula una graciosa espadaña, hoy sin campana.

En cuanto a las capillas de Jesús Nazareno y de San Ibón (“abogado y no ladrón”, como solía decirsele), no hemos logrado localizarlas; quizás hayan estado en la parte más antigua del monasterio, hoy en ruinas, que hace oficio de bodegas.

v

El convento propiamente dicho no es grande, pero contaba antaño con dependencias de sobra para la exigua comunidad de dos religiosos, que menciona Vetancurt. El claustro consiste, en el piso bajo, de cuatro galerías abiertas, con arcos de medio punto sobre macizas pilastras, en torno de un pequeño patio, y en el superior, de otros tantos corredores, con ventanas. El piso bajo del convento se comunica con el alto por medio de una escalera de piedra de tres tramos, cubierta por una media naranja, que iluminan cuatro hermosos ojos de buey.

Más de una vez, con mejor intención que éxito artístico, el convento de Ozumba ha sido “blanqueado” por dentro y por fuera, y en algunas partes “marmoleado”.

vi

Las diversas pinturas que hay en la iglesia y otras partes del convento no son de mérito sorprendente; datan de fines del siglo xvii unas, y de pleno siglo xviii, otras.

Encima de la puerta del Sagrario hay un óleo de San Francisco, bastante aceptable; y en el muro opuesto, una tela de gran tamaño, con marco barroco, tallado y dorado, llama más la atención por su atrevida composición y gran número de figuras, que por su mérito artístico. Está firmado por Manuel Arellano (fl. 1692-1721), y el Dr. Ocaranza lo describe en los siguientes términos: “El asunto fundamental es el Calvario, erigido encima del Purgatorio. En el lado derecho, un grupo de franciscanos; en el izquierdo, otro de dominicos, y en el primero llaman la atención dos figuras: la del propio San Francisco de Asís, que ofrece el cordón de su Orden a una ‘ánima’ del Purgatorio, y la otra, la de un santo franciscano que muestra un alma blanca al Crucificado.”

Las más importantes pinturas del retablo de la capilla de la Tercera Orden son: el nacimiento de Nuestra Señora y su presentación en el templo; San Luis Rey de Francia mostrando la corona de espinas a la

Virgen y al Niño; y San Francisco de Asís, con un grupo de suplicantes a sus pies, entre ellos el Cardenal Hugolino, que tanto lo favoreció, y que llegó a ser el Papa Gregorio IX; y al fondo, en la penumbra, Santo Domingo de Guzmán. Dentro de su género, son pinturas tan agradables como interesantes.

Pero quizás el mejor cuadro en Ozumba sea el que se encuentra encima de la puerta de entrada a esta capilla. Es un óleo grande, apaisado, de original concepción y no mal dibujo que, con figuras de tamaño casi natural, representa la *Cena de Emaus* cuando el Señor, sentado a la mesa con Cleofas y otro discípulo, "tomó el pan, dice San Lucas, y lo bendijo, y habiéndolo partido, se lo dió". El segundo discípulo parece ser Santiago, por tener, echado sobre la espalda, el sombrero de peregrino con que generalmente se le representa. De pie, a la derecha de Cleofas, una figura lujosamente ataviada, porta una vasija con un manjar que va a servir, mientras que otra, también de pie, y cubierta con una especie de turbante, parece esperar órdenes. Sobre la mesa, además de otros dos panes, se ven platos, copas, un frasco de vino y un frutero; y esparcidas sobre el mantel, numerosas manzanas, fruta que, por cierto, se cultiva en abundancia en los alrededores de Ozumba. En primer término, al pie de la mesa, dan la nota familiar dos animalejos, al parecer perros, uno blanco y el otro negro, que se enfrentan disputándose algún mendrugo; y al fondo del cuadro, al través de amplia ventana, se divisa un paisaje con edificios. Pero al colorido de este interesante cuadro, debido quizás al polvo que lo cubre, adolece de cierta opacidad. No se distingue en él ninguna firma.

En uno de los corredores de la planta alta del convento se encuentra un óleo de la Virgen del Rosario, cuyo interés radica en haber sido ejecutado, en enero de 1725, por un pintor local, Manuel Galicia, a devoción de un miembro de su familia, la cual perdura muy numerosa en Ozumba, según nos informa el párroco.

VII

El atrio-cementerio de Ozumba no ofrece nada de particular, como no sea el muro almenado que lo limita. Su pórtico principal consta de tres arcos de medio punto, con cuádrantes solares a los lados; pero hay otro pórtico lateral, de dos claros, con unos capiteles de escultura primitiva, que sospechamos hayan pertenecido a la más antigua parte de la construcción, quizás a la primera fachada de la iglesia.

Ozumba carece de las *capillas posas*, que son elemento tan interesante en otras localidades, porque cuando se construyó el convento, es decir, en el siglo XVII, las procesiones con el Santísimo Sacramento ya no se limitaban al atrio, sino que salían al exterior del monasterio. Entonces, con toda probabilidad, hacían las veces de *posas* las tres capillas, de San Juan, San Pedro y San Martín, respectivamente, que hoy tienen acceso por la Avenida Cuauhtémoc, a espaldas del Convento, las dos primeras muy deterioradas, y, la de San Martín en completa ruina.

Pero, indudablemente, la parte más interesante de todo el Convento de Ozumba, es su antigua portería, una logia de tres arcos dóricos, cuyos muros fueron exornados con pinturas evocadoras de diversos episodios de la historia de la Orden franciscana en México.

Las Pinturas

I

Una de las páginas más conmovedoras de su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* es aquella en que relata Bernal Díaz del Castillo la llegada a México de los primeros doce religiosos franciscanos, en el año de 1524.

Como es sabido, con el santo fray Martín de Valencia a la cabeza, vinieron los predicadores fray Francisco de Soto, fray Martín de la Coruña, fray Juan Juárez, fray Antonio de Ciudad Rodrigo y fray Toribio de Benavente (más conocido por Motolinía, nombre que adoptó después); los sacerdotes fray García de Cisneros, fray Luis de Fuensalida, fray Juan de Ribas y fray Francisco Ximénez; y los hermanos legos fray Juan de Palos y fray Andrés de Córdoba.

“Como Cortés supo, escribe Bernal Díaz, que estaban en el puerto de la Veracruz, mandó en todos los pueblos, así de indios como donde vivían españoles, que por donde viniesen les barriesen los caminos, y donde posasen les hiciesen ranchos, si fuese en el campo; y en poblado, cuando llegasen a las villas o pueblos de indios, que les saliesen a recibir y les repicasen las campanas, que en aquella sazón había en cada pueblo, y que todos comúnmente después de haberles recibido les hiciesen mucho acato, y que los naturales llevasen candelas de cera encendidas, y con las cruces que hubiese y con más humildad, y porque los indios lo viesan, para que tomasen ejemplo, mandó a los españoles se hincasen de rodillas a besarles las manos y hábitos, y aun les envió Cortés al camino mucho

refresco y les escribió muy amorosamente. Y viniendo por su camino, ya que llegaban cerca de México, el mismo Cortés, acompañado de nuestros valerosos y esforzados soldados, los salimos a recibir; juntamente fueron con nosotros Guatemuz, el señor de México, con todos los más principales mexicanos que había y otros muchos caciques de otras ciudades; y cuando Cortés supo que llegaban, se apeó del caballo, y todos nosotros juntamente con él; y ya que nos encontramos con los reverendos religiosos, el primero que se arrodilló delante de fray Martín de Valencia y le fué a besar las manos fué Cortés, y no lo consintió, y le besó los hábitos y a todos los más religiosos, y así hicimos todos los más capitanes y soldados que allí íbamos, y Guatemuz y los señores de México.”

Por su parte, fray Jerónimo de Mendieta, en su *Historia Eclesiástica Indiana*, después de describir la escena en parecidos términos, agrega:

“Este celeberrimo acto está pintado en muchas partes de esta Nueva España de la manera que aquí se ha contado, para eterna memoria de tan memorable hazaña.”

Efectivamente, el episodio sirvió de tema para pinturas murales, ejecutadas no sólo en el siglo XVI, como en el convento franciscano de Tlalmanalco, sino hasta en los primeros años del XVII, como en la portería del de la misma Orden en Ozumba.

II

A diferencia de la escena pintada en Tlalmanalco, de la que apenas quedan rastros, la de la portería de Ozumba, según reza una inscripción allí puesta, “se renovó en Marzo de 1848”. Ejecutada originalmente al *fresco a seco*, o *falso fresco*, se retocó al óleo, pero, según parece, sin menoscabo de su primitivo mérito.

Ocupa todo el muro norte de la portería y parte del frontero, hasta la puerta que conduce al claustro. Detrás de fray Martín de Valencia, que se inclina un tanto para recibir el homenaje de Cortés, se ven, puestos en hilera, sus once compañeros, todos muy parecidos entre sí, y los sacerdotes con una mitra a sus pies, lo que significa seguramente que algunos de ellos fueron propuestos para Obispos y que los más venían investidos con ciertas facultades episcopales. La figura arrodillada del Conquistador, con un vistoso traje multicolor que jamás vistió, en nada se parece a ninguno de los retratos que de él existen: está representado con bigote caído, pero sin barba, lo que le imparte cierto impropio aspecto



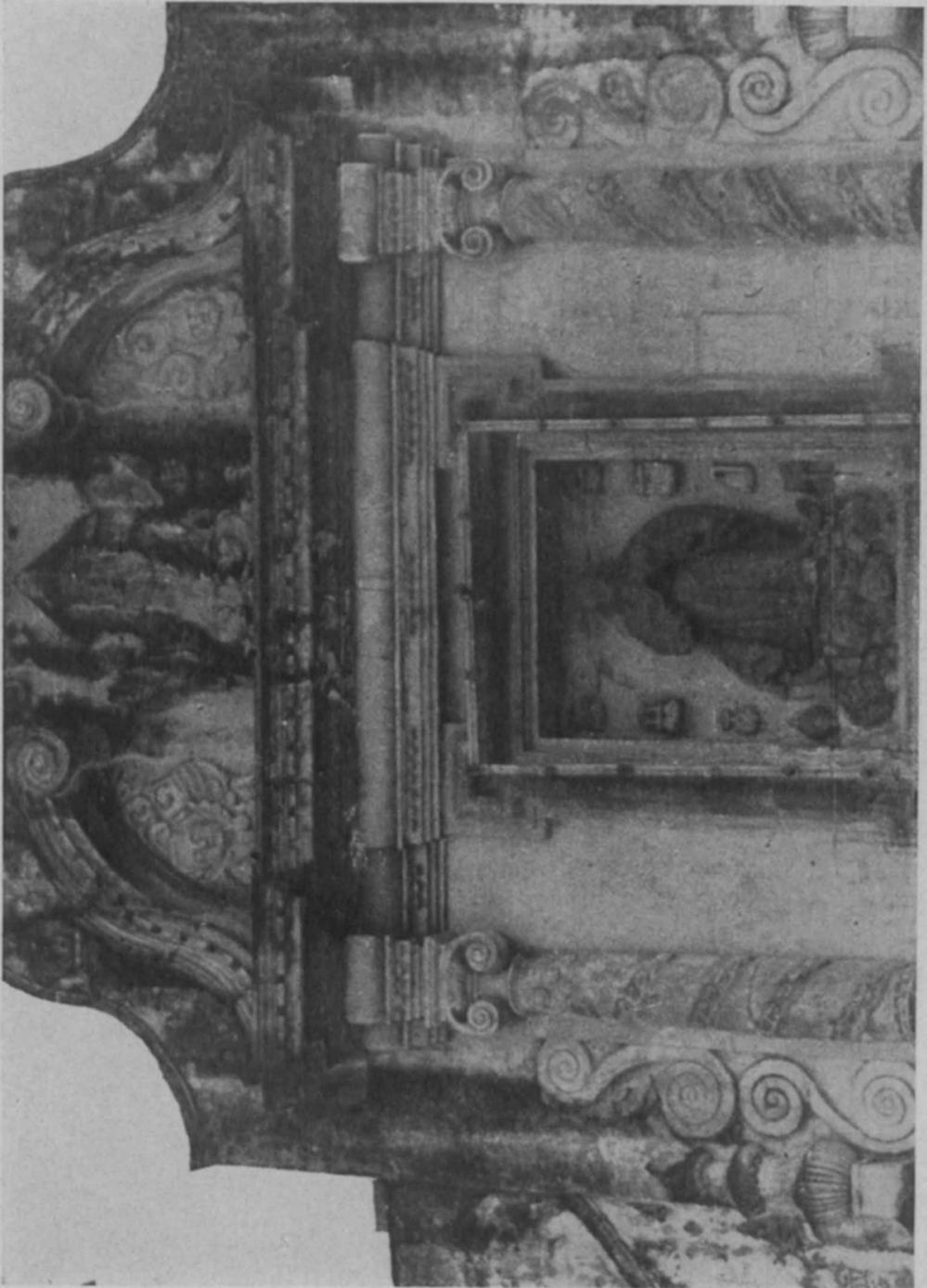
1. Fachada de la iglesia y portería. (Foto Dir. Mons. Cols.)



2. Fachada de la iglesia. Detalle. (Foto fray Fidel Chauvet).



3. Escultura de la fachada de la iglesia. (Foto Chauvet).



4. Remate de la fachada de la iglesia. (Foto Chauvet).



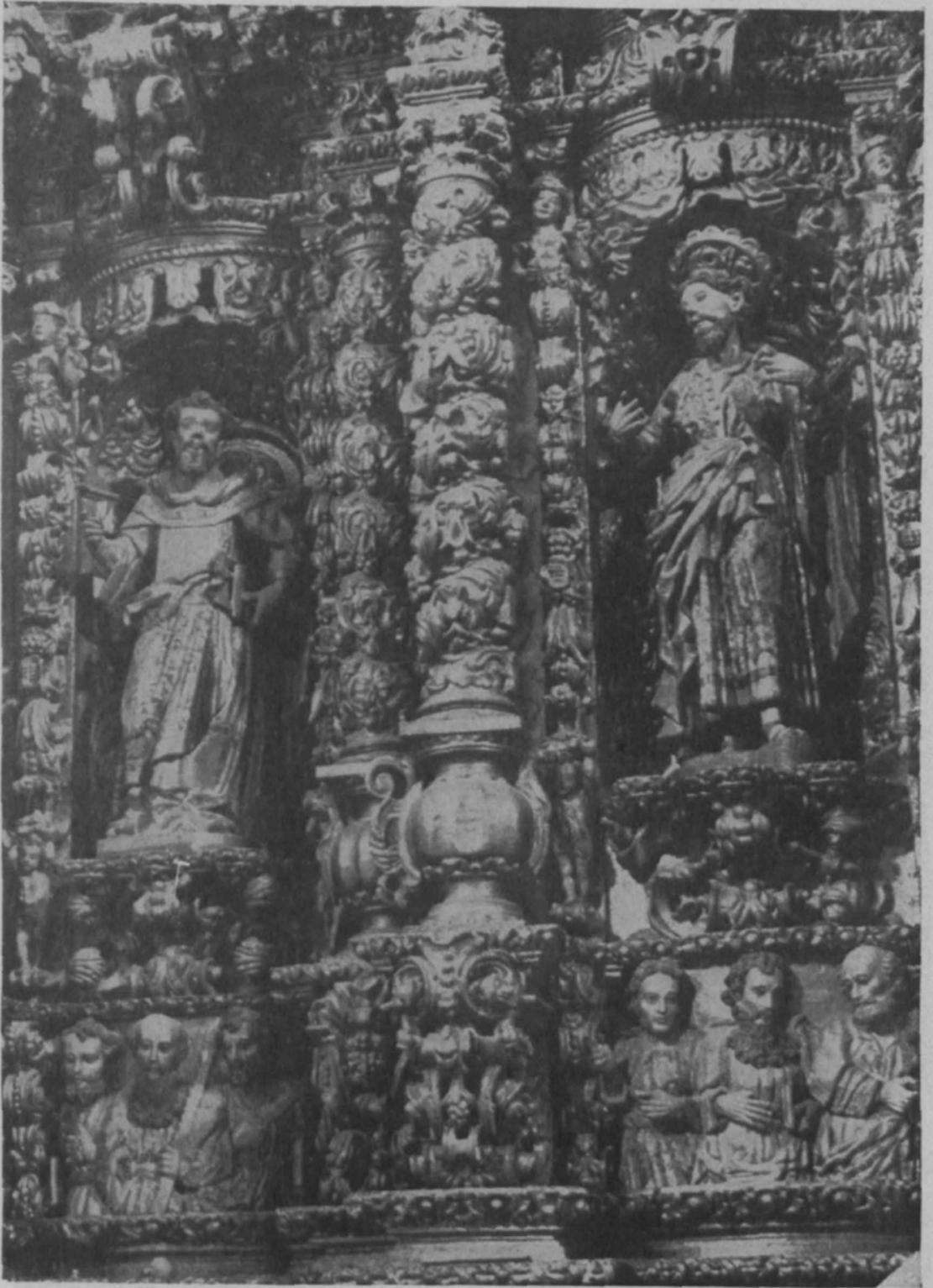
5. Puerta de la iglesia. (Foto Chauvet).



6. Torre de la iglesia de Ozumba. (Foto Luis Romero de Terreros).



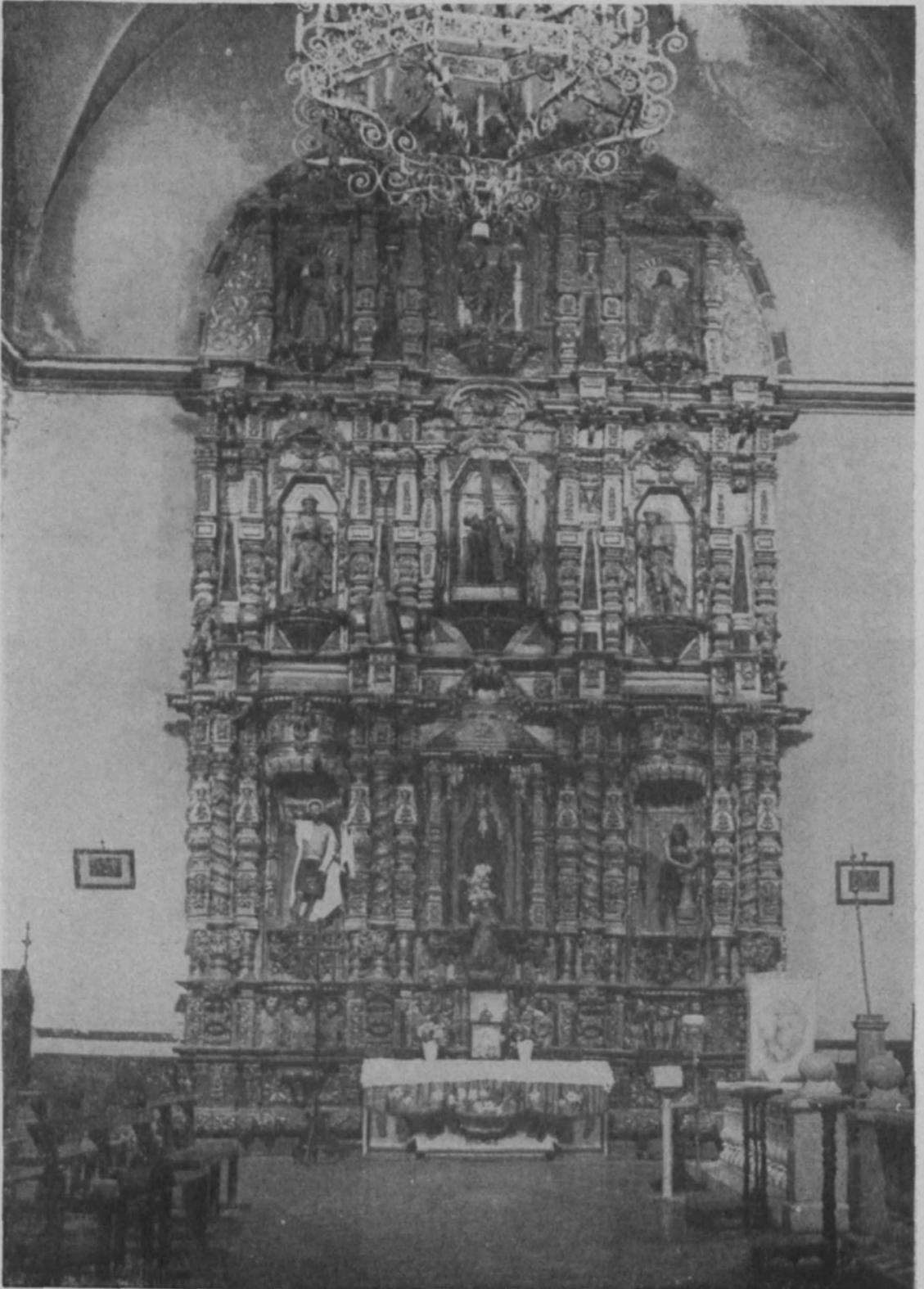
7. Retablo mayor. (Foto Chauvet).



8. Retablo mayor. Detalle. (Foto F. de la Maza).



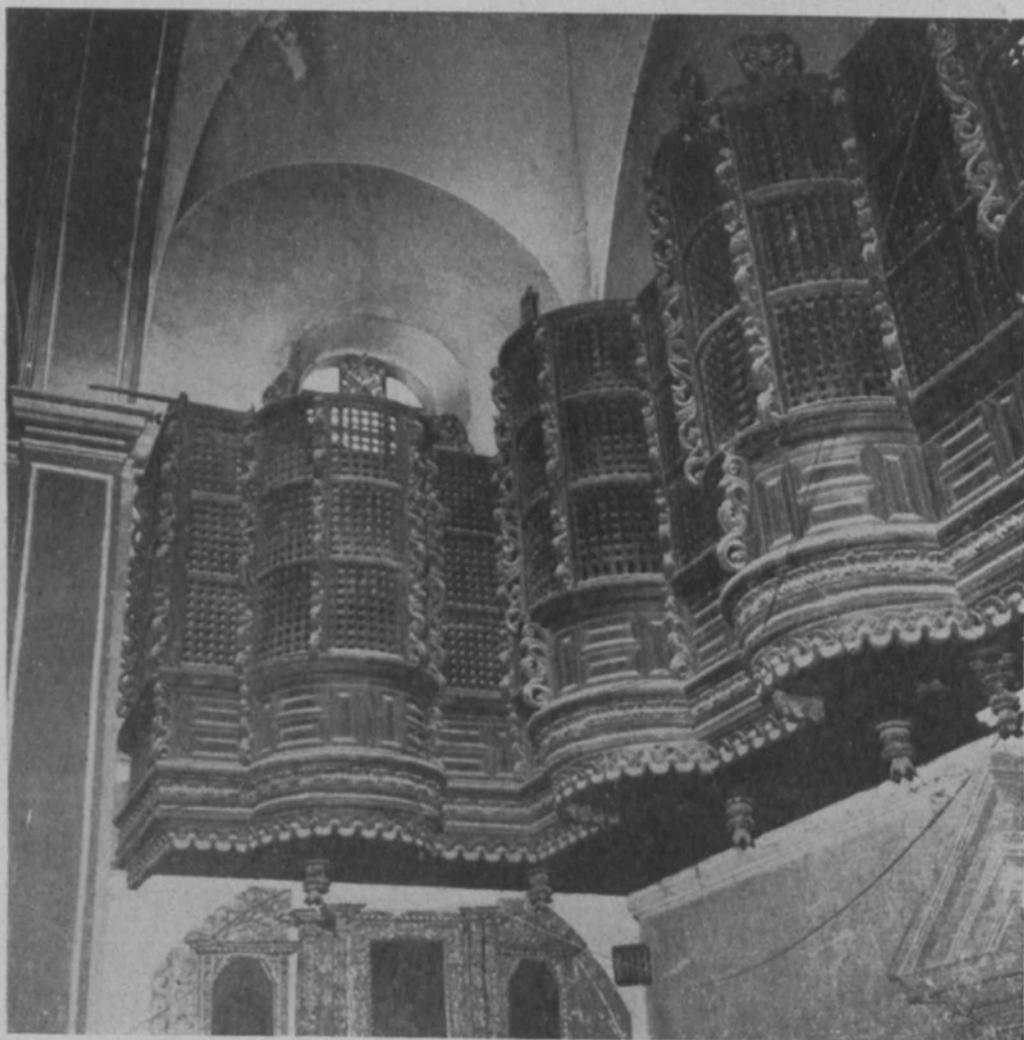
9. Detalles del retablo mayor. (Foto F. de la Maza).



10. Retablo del crucero. (Foto Luis Romero de Terreros).



11. Retablo en el cuerpo de la iglesia. (Foto Chauvet).



12. Tribuna en la iglesia de Ozumbá. (Foto Luis Romero de Terreros).



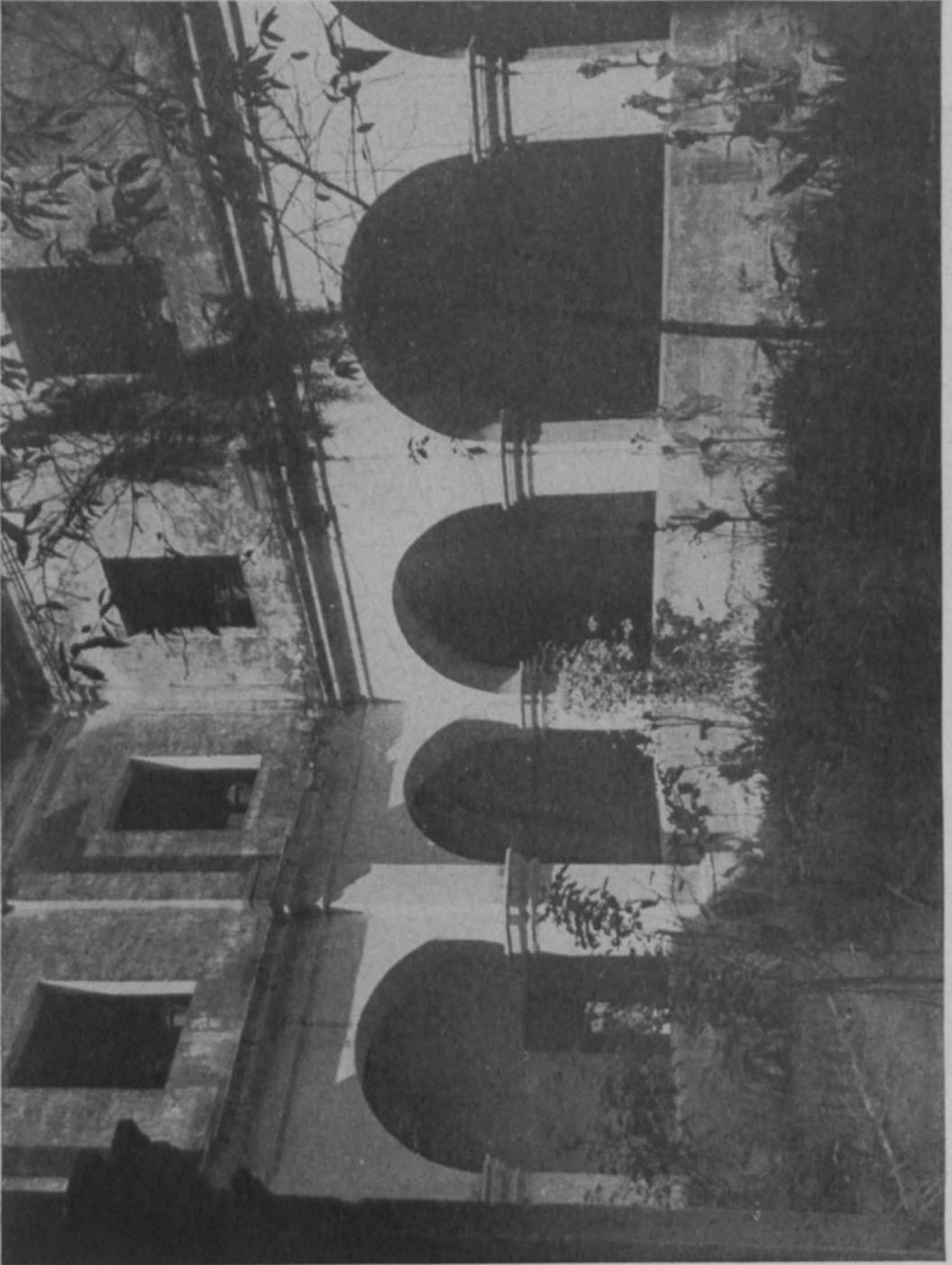
13. Pila de agua bendita. (Foto Dir. Mons. Cols.)



14. Portaciriales de la iglesia de Ozumba. (Foto Dirs. Mons. Cols.)



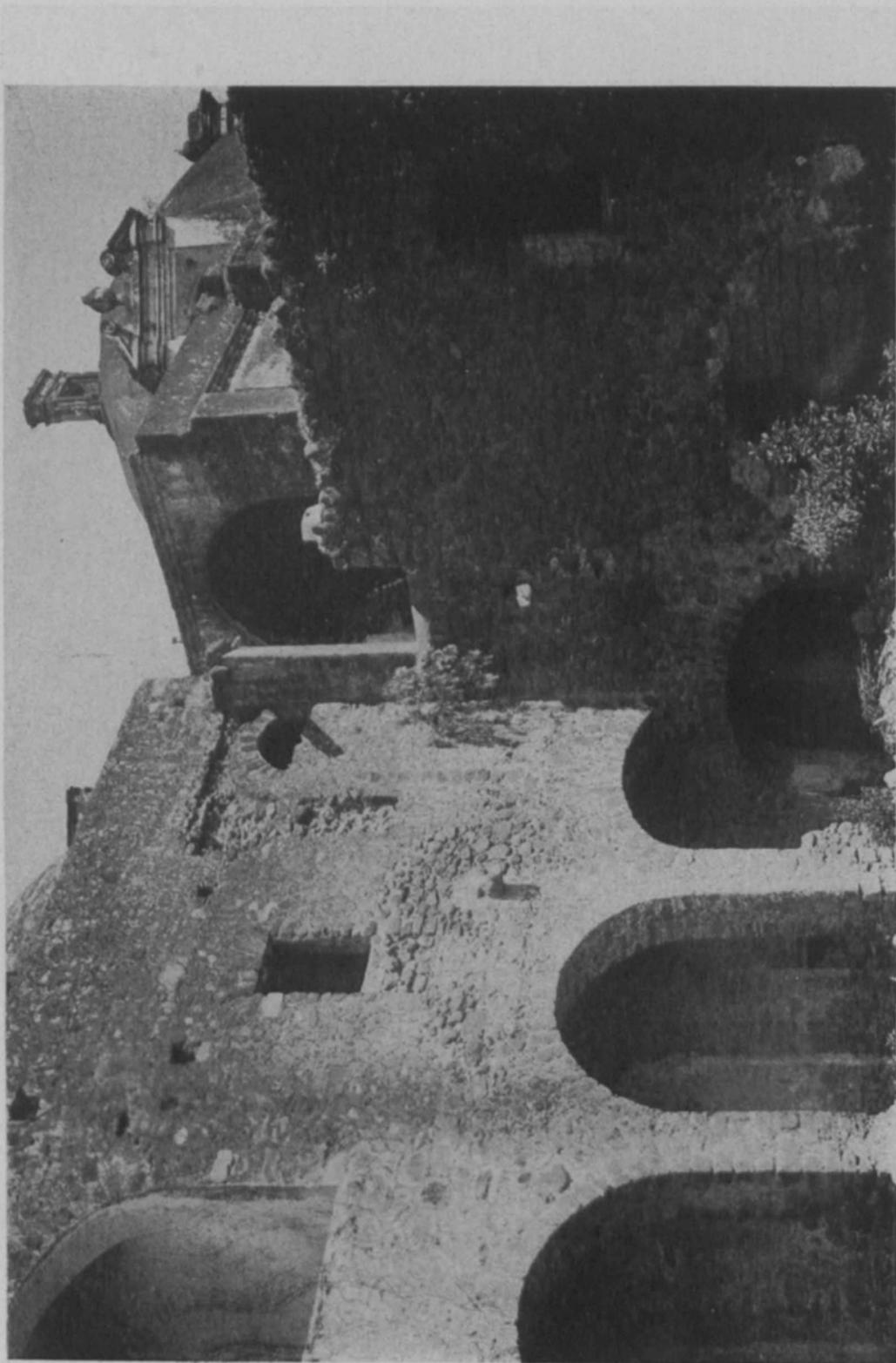
15 Retablo de la Capilla de la Tercera Orden. (Foto Luis Romero de Terreros).



16. Claustro del Convento de Ozumba. (Foto Chauvet).



17. Ruinas del claustro interior. (Foto Dir. Mons. Cols.)



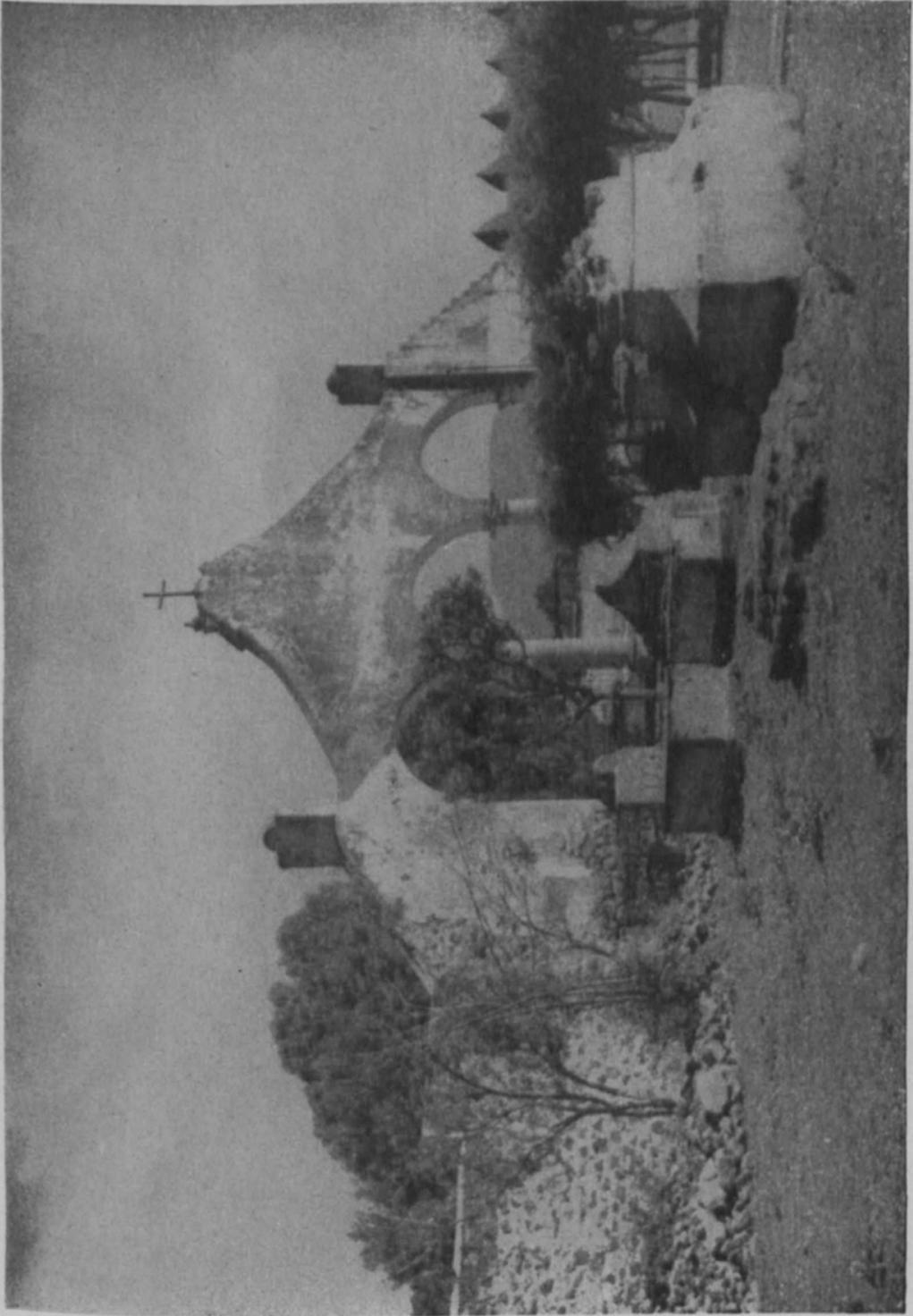
18. Ruinas del claustro interior. (Foto Dir. Mons. Cols.)



19. San Francisco de Asís. Pintor anónimo. (Foto Luis Romero de Terreros).



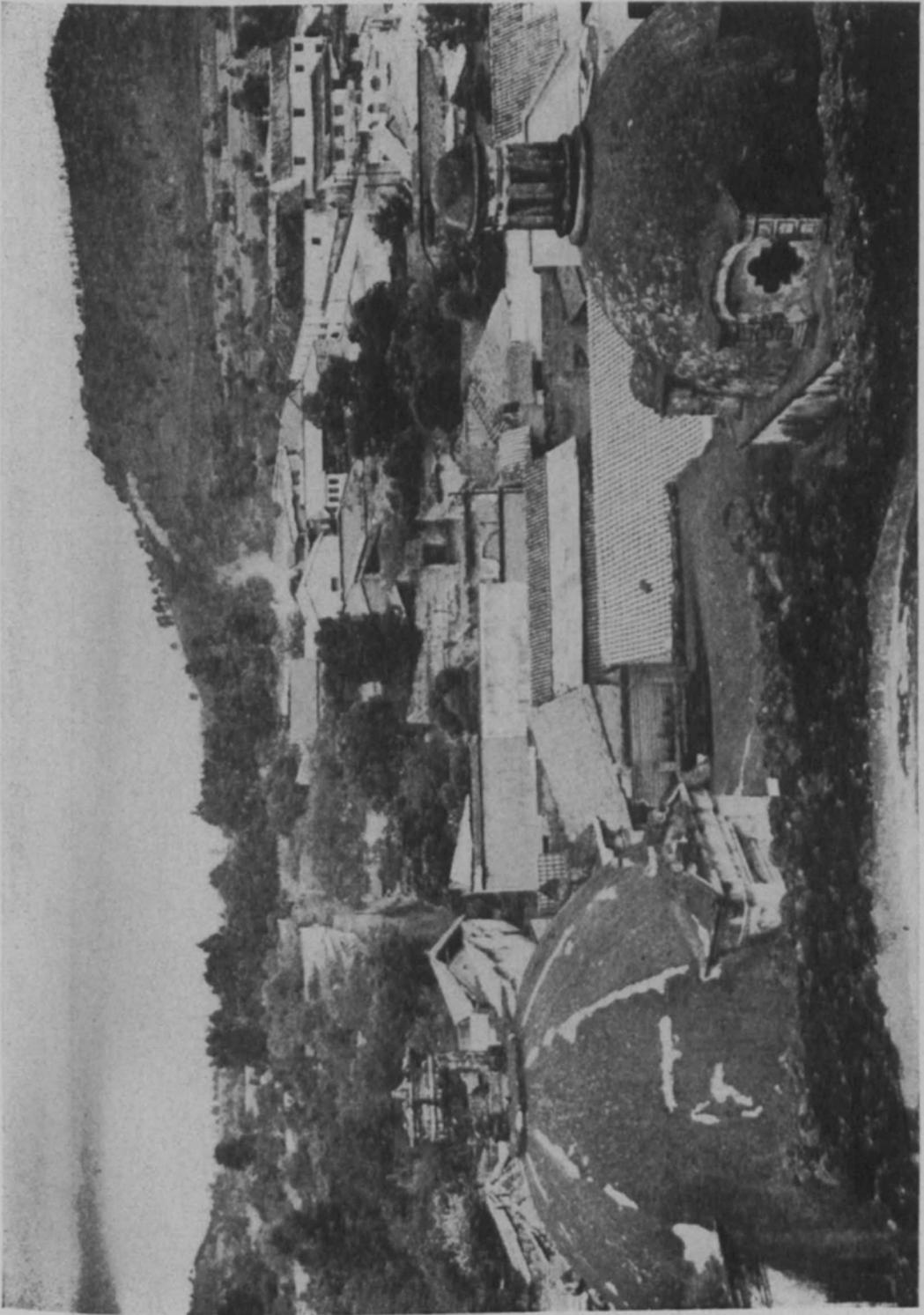
20. Jesucristo de Emaús. Pintor Anónimo. (Foto Luis Romero de Terreros).



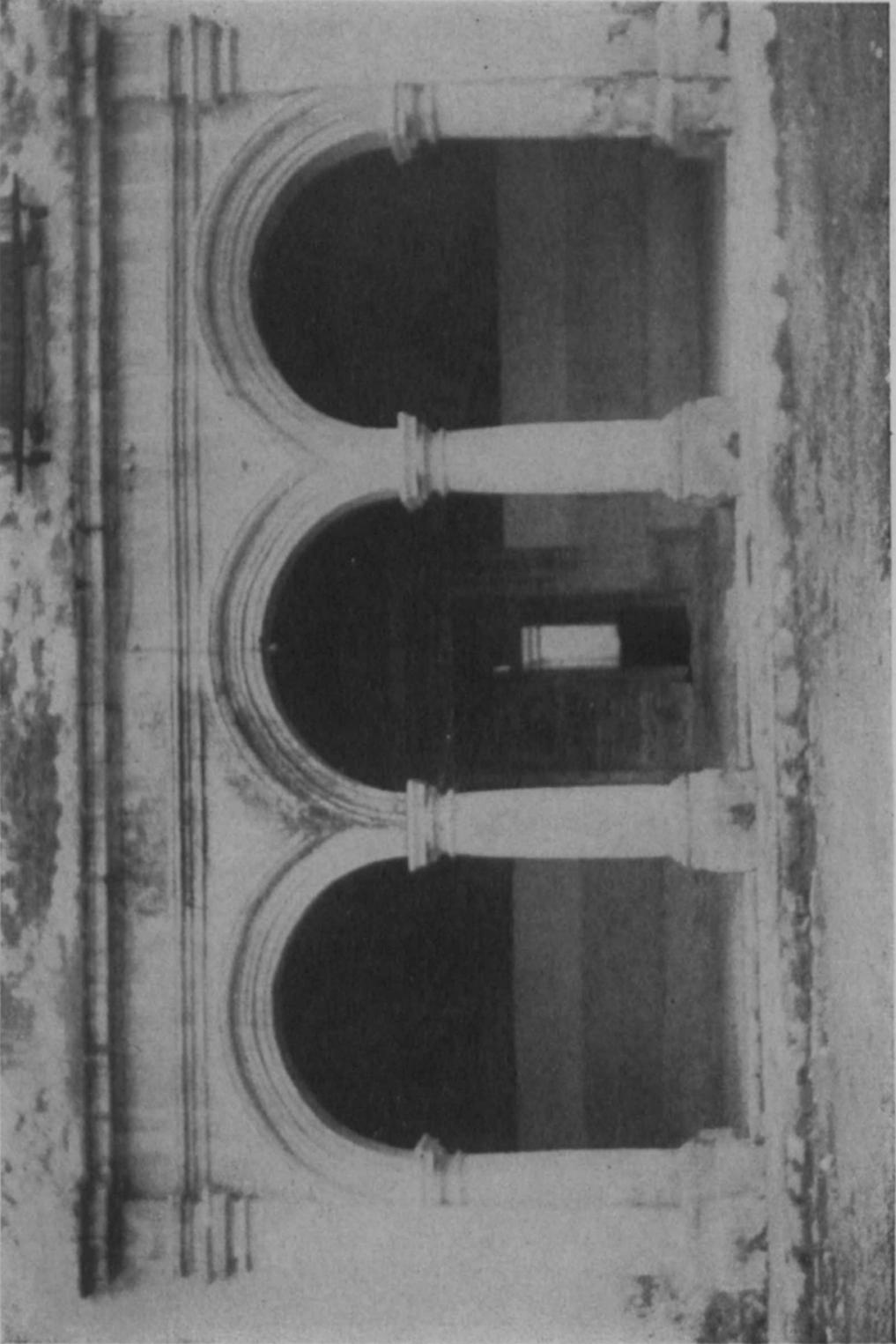
21. Atrio de Ozumba. (Foto Luis Romero de Terreros).



22. Portada lateral del atrio. (Foto Javier Rangel).



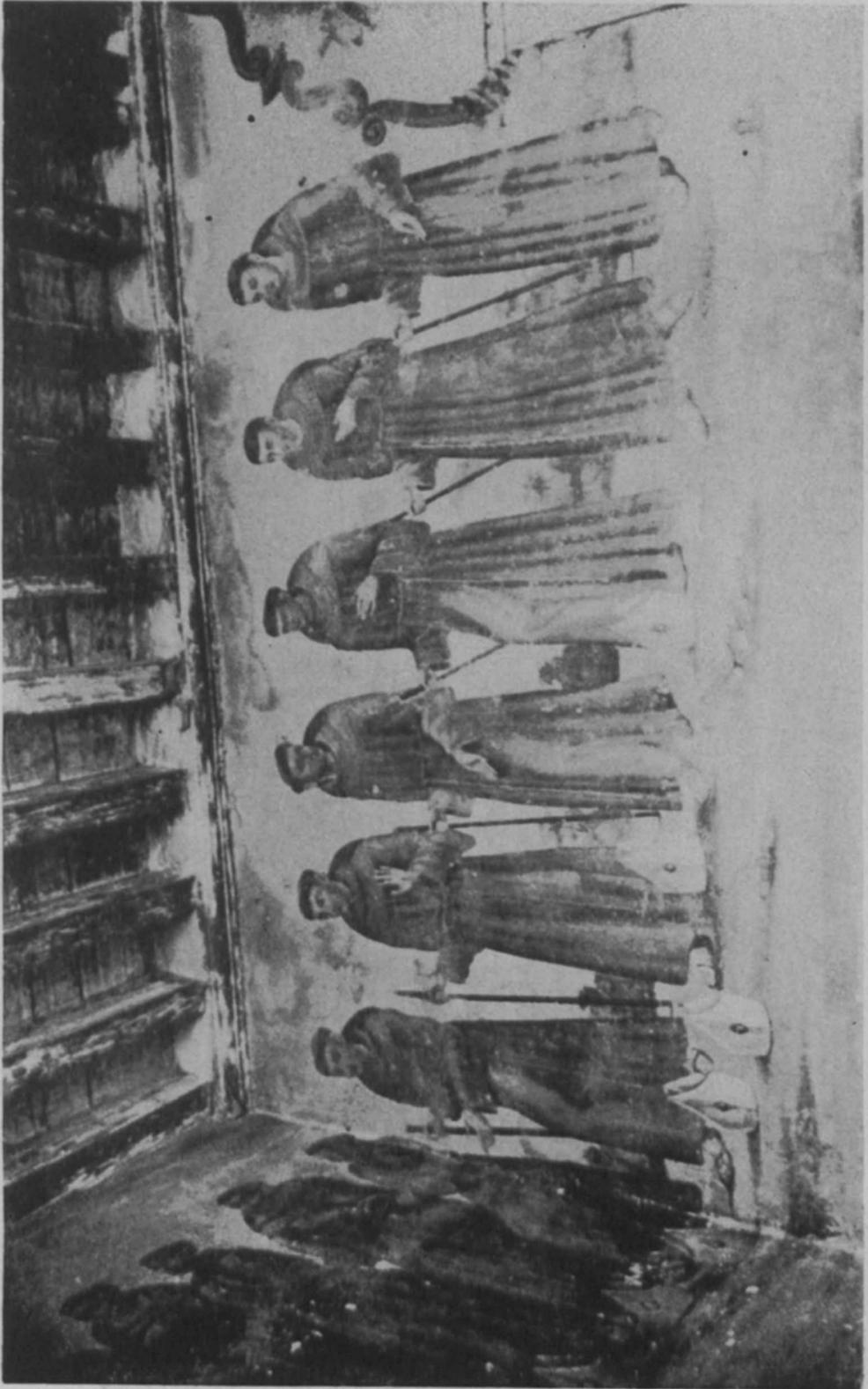
23. Vista desde la azotea del convento de Ozumba. (Foto Luis Romero de Terreros).



24. Porteria del Convento. (Foto del autor).



25. Las pinturas de la portería. Conjunto de un ángulo. (Foto Dir. Mons. Cols.)



26. Pinturas de la portería. Los Doce Frailes. (Foto Dir. Mons. Cols.)



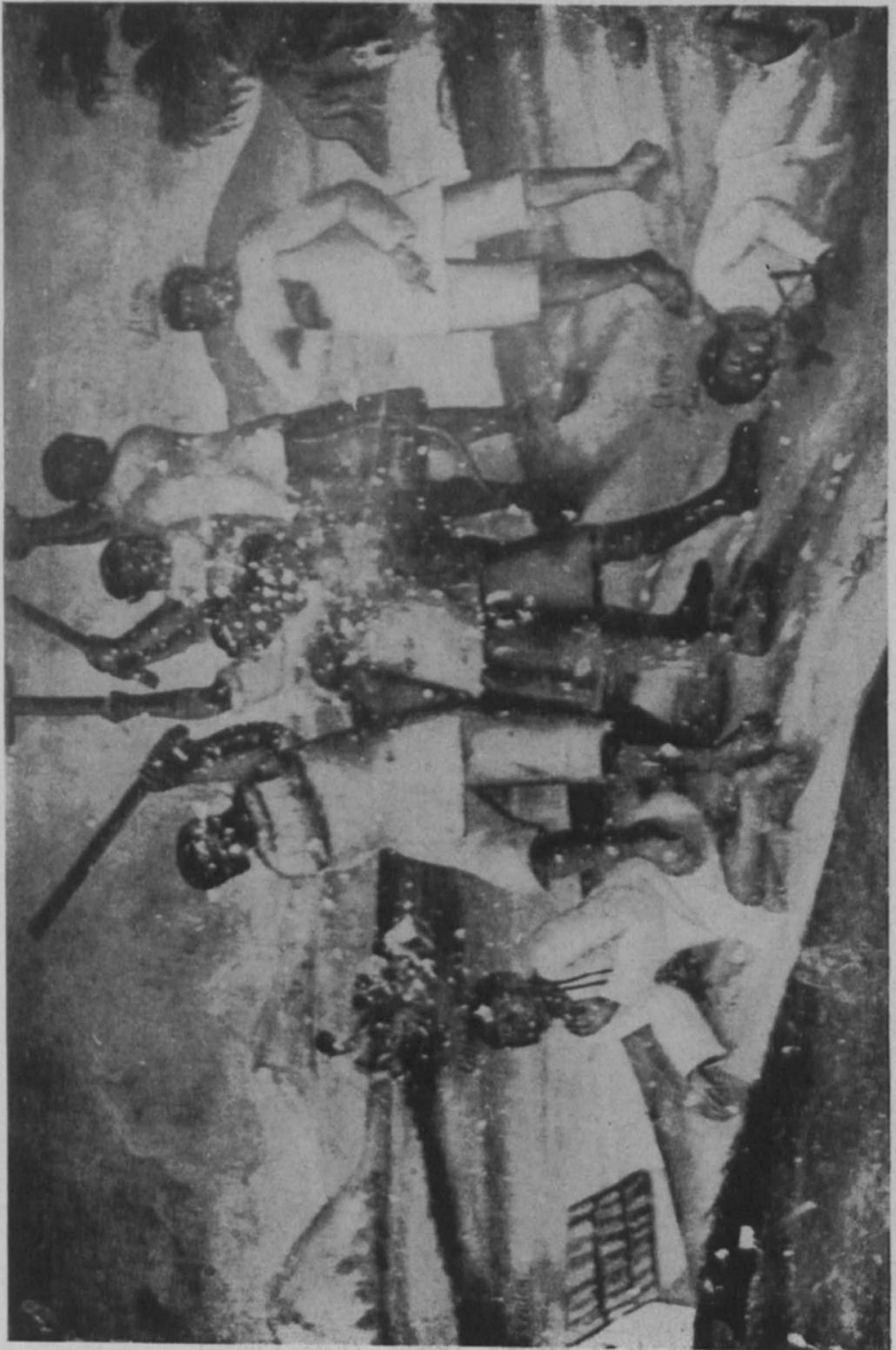
27. Pinturas de la portería. Detalle. (Foto Kubler).



28. Pinturas de la portería. Cortés ante Fray Martín de Valencia y los Doce. (Foto Juan Rangel Hidalgo).



29. Pinturas de la portería. Detalle. (Foto Kubler).



—30. Pinturas de la portería. El martirio de los niños tlaxcaltecas. (Foto Juan Rangel Hidalgo).



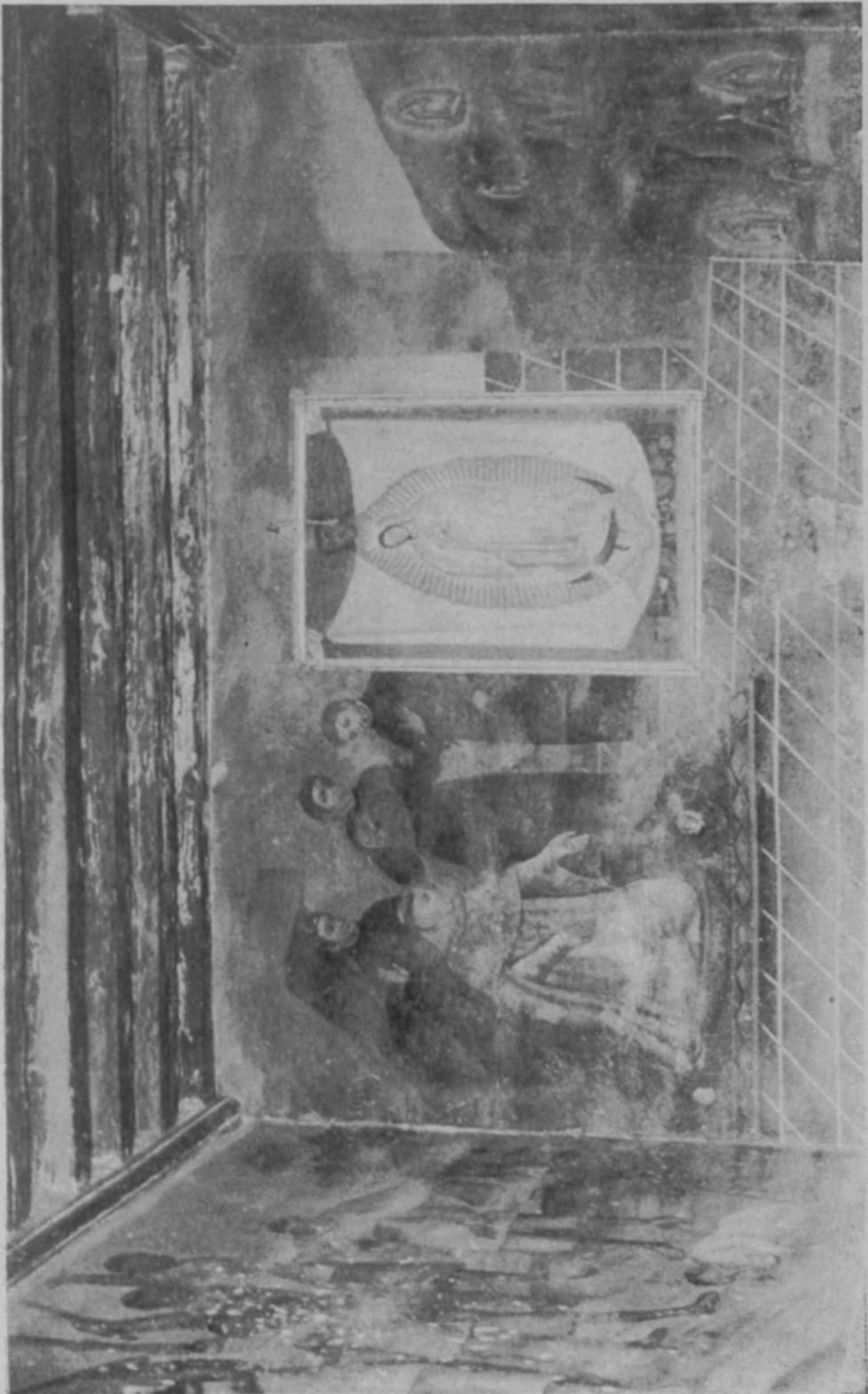
31. Pinturas de la portería. Cortés castigado por los frailes.
(Foto Luis Romero de Terreros).



32. Pinturas de la portería. Los tres primeros franciscanos.
(Foto Luis Romero de Terreros).



33. Pinturas de la portería. La Purísima con San Francisco, San Buenaventura y la Madre Agreda. (Foto Kubler).



34. Pinturas de la portería. La aparición de la Virgen de Guadalupe.
(Foto Luis Romero de Terreros).

juvenil. A su vera, se yergue la figura de fray Bartolomé de Olmedo, inconfundible por su hábito mercedario, y junto a él, un pequeño paje negro viste a la europea. Pedro de Alvarado es portador de un gran estandarte, e inmediatamente detrás de él, viene otro conquistador, tal vez Rafael de Trejo, con una alabarda, precediendo a Guatemuz y otros dos caciques, los tres con sendos ramos de flores en las manos.

La composición es, a la vez que sencilla, de gran efecto decorativo; y si fueran las figuras verdaderas efigies de los personajes allí representados, sería esta pintura un documento iconográfico de la mayor importancia; pero, a juzgar por el de Cortés, no hay la menor probabilidad de que en realidad sean fieles retratos.

III

En el muro del otro lado de la puerta, a la derecha del espectador, se representa el martirio de los niños indios de Tlaxcala, Cristóbal, Antonio y Juan.

Relata el Padre Mendieta que, entre los primeros niños tlaxcaltecas que se convirtieron a la fe, descollaba Cristóbal, de doce a trece años de edad, hijo del cacique Acxotecatl, por su celo verdaderamente apostólico. Además de destruir innumerables ídolos, llegó Cristóbal hasta a reprender a su propio padre, por "su idolatría y embriaguez". El cacique no toleró la reprimenda de su primogénito y un día, ciego de ira y azuzado por una de sus mujeres (pues tenía no menos de sesenta) lo arrastró "por el suelo dándole muy recias coces", y luego, sigue diciendo el cronista, "tomó un palo grueso de encina, y dióle con él por todo el cuerpo muchos golpes hasta quebrantarle y molerle los brazos y piernas y las manos con que defendía la cabeza, y la misma cabeza, tanto que cuasi de todas las partes de su cuerpo corría sangre. Y a todo esto, el niño llamaba continuamente a Dios en su lengua, diciendo: ¡ Señor Dios mío, haced merced de mí!"

No contento el feroz cacique con el terrible suplicio de su hijo, para coronar su obra, "mandolo echar en un gran fuego de muy encendidas brasas de corteza de encina secas, porque en ellas está el fuego muy intenso y dura mucho", y como a nuevo San Lorenzo, "lo revolvió, ya de pechos, ya de espaldas ", sobre la lumbre. Moribundo el niño, lo rescataron algunas personas compadecidas, mas, a pesar de los cuidados que le prodigaron, murió Cristóbal al día siguiente. Su padre lo hizo enterrar en lugar secreto, pero al cabo de un año, fué descubierta su

sepultura y el lego fray Andrés de Córdoba, uno de los doce, hizo trasladar su cuerpo a una capilla provisional, que usaban los franciscanos en Tlaxcala mientras construían su convento. En cuanto éste quedó terminado, fray Toribio Motolinía mandó depositar los huesos del niño mártir en la iglesia principal.

Todo esto aconteció en el año de 1527, y dos después, ocurrió el martirio de los otros niños indios, Antonio y Juan. Sucedió que cuando pasó por Tlaxcala, con un compañero el dominico fray Bernardino Minaya, camino a Oaxaca, quiso saludar al santo fray Martín de Valencia, a la sazón Guardián de aquel convento; y al verlo rodeado de numerosos niños recién conversos y bien instruidos en la fe, pensó cuán útiles le serían algunos de ellos para la apostólica tarea que iba a emprender. Con el consentimiento de fray Martín, ofreciéronse para acompañarlo los niños Antonio y Diego, hijos de “muy principales señores”. Antonio era nieto de Xicotencatl y llevaba a su servicio un pajecillo, de nombre Juan. Partieron, pues, con los dominicos para Tepeaca, y desde luego se les encomendó la búsqueda y destrucción de ídolos, tarea en la que ya eran expertos. De Tepeaca pasaron a Cuautinchan y a Tecali; en este pueblo recogió Antonio y destruyó algunos ídolos, y en aquél, entró, un día, en una casa con el mismo objeto, después de dejar de guardia en la puerta a su pajecillo Juan, cuando “vinieron, dice el cronista, dos indios principales con sendos palos de encina en las manos; y en llegando, sin más decir, los descargaron sobre el muchacho Juan, que había quedado en la puerta”, hasta matarlo. Al oír el ruido, salió Antonio, a quien agredieron en la misma forma, hasta dejarlo muerto también. Al anochecer, arrojaron los indios los cadáveres de los niños a una barranca, pero poco después los encontraron los dominicos y los sepultaron en una capilla que tenían en esa comarca. Dice el Padre Mendieta que cuando fray Martín de Valencia supo de la muerte de los niños Antonio y Juan, los lloró “como a hijos muy queridos”.

Los principales episodios del martirio de los niños Tlaxcaltecas están representados en la pintura mural de Ozumba. A la izquierda, en la parte inferior, cerca de una iglesia marcada *Tlaxcalan*, yace sangrante en el suelo el niño Cristóbal, a quien su padre está propinando feroz paliza; mientras que atrás, en segundo término, se ven varias figuras rescatando al niño del fuego en que Acxotecatl lo había arrojado. Más a la derecha de la pintura, aparecen cuatro indios, tres con sendos palos y uno con un arco, en el acto de atacar a Antonio, como ya lo hicieron con Juan, que yace muerto en el suelo, con una flecha clavada

en el corazón. Otra iglesia en ese lado de la pintura lleva el nombre de *Tecali*, y se ve allí, además, un ídolo hecho pedazos, que ha sido derribado de su pedestal. Para mayor claridad, los tres pequeños mártires tienen escritos sobre sus cabezas sus respectivos nombres: *El niño Cristóbal*, *El niño Antonio* y *El niño Juan*.

El primitivo fresco tenía una extensa leyenda al pie, explicativa, sin duda, de lo que representaba; pero ésta quedó casi por completo obliterada, bajo una capa de pintura posterior. Solamente hemos podido descifrar las palabras "...al que estaba...", y la fecha 1613, lo cual confirma la opinión de Kubler (y la nuestra) de que los murales datan del siglo XVII. Alguna persona nos asegura que también se traslucen rastros de una firma, que parece: "Alzate, o Arzate fecit", dato interesante, si llegara a comprobarse, ya que en ese caso el pintor sería de la misma familia del célebre P. José Antonio Alzate, natural, como es sabido, de Ozumba.

Esta pintura está ejecutada con extraordinario vigor y realismo, y, como dice Toussaint, "adquiere un gran valor plástico por la ingenuidad de su composición, que parece un anticipo de la pintura contenporánea de México". Por nuestra parte, consideramos digno de notarse el paisaje que le sirve de fondo, detalle nada usual en esta clase de frescos conventuales. Lástima que la pintura haya sido picada sin piedad, principalmente en los rostros de las figuras.

IV

De la misma época de la pintura de Cortés y los religiosos deben de ser las que se ejecutaron en los angostos lienzos de pared que hay a cada lado de la arquería.

En el de la izquierda, hoy muy maltratado, se representó aquel acto de humildad de Hernán Cortés, cuando, para edificación de los indios, se dejó azotar públicamente, por haber llegado tarde a misa. El conquistador, de rodillas, con los mismos gregüescos a rayas que viste en la pintura mayor, pero desnudo de la cintura para arriba, recibe sobre sus espaldas los latigazos que le propina un fraile y que parecen más simbólicos que efectivos, en presencia de cuatro impávidos caciques.

En la pared correspondiente, a la derecha de la arquería y, por tanto, contigua al mural de Cortés y los religiosos, están retratados los tres precursores franciscanos que vinieron de Flandes, a saber (para darles

sus apellidos castellanizados): fray Juan de Tecto, fray Juan de Aora y fray Pedro de Gante, éste sin mitra a sus pies, porque era solamente hermano lego. Estas dos pinturas parecen de la misma calidad y de la misma mano que la mayor; y la segunda confirma lo dicho por Mendieta de que el santo varón de Gante “cuasi en todos los principales pueblos de la Nueva España lo tienen pintado, juntamente con los doce primeros fundadores de esta provincia del Santo Evangelio”.

v

Arriba de la puerta que conduce al claustro del antiguo convento, se ve la figura de San Francisco, en calidad de atlante de tres esferas, la superior de las cuales sirve de peana a una imagen de la Inmaculada Concepción. Rodean a la Virgen querubines que portan atributos de Nuestra Señora, y a un lado del Santo de Asís se ve al “Doctor Sutil” Juan Duns Scoto, y al otro, a la Venerable Madre María de Jesús de Agreda, ambos con un libro abierto en la mano; en el primero se lee *Potuit / Decuit / Voluit / ergo (fecit)*, y en el de la segunda: *Tota / Pulcra (sic) / Est / Maria*. Las esferas, como se recordará, simbolizan las tres Ordenes de San Francisco.

Esta pintura es muy inferior a las demás, sobre todo con esa figura de Duns Scoto, cuya cabeza aparece desproporcionadamente pequeña.

La figura de la Madre Agreda en este mural sugiere la fecha aproximada de su ejecución, es decir, de fines del siglo xvii o, cuando más tarde, de principios del xviii.¹ De manera que la primitiva decoración de esta sobrepuerta debe de haber consistido en el escudo de las cinco llagas, o algún otro emblema de la Orden franciscana.

vi

Algunas personas aseveran que la otra pintura, en el muro sur de la portería, que representa la aparición de la Virgen de Guadalupe, data del año de 1848, cuando se renovó la de Cortés y “los doce”; sin embargo, las figuras de fray Juan de Zumárraga y sus acompañantes, allí representadas, nos parecen anteriores a esa fecha. Pero, de todas

1 Esta alegoría, con las figuras de Duns Scoto y la Madre Agreda alcanzó gran popularidad en México, y durante el siglo xviii, se reprodujo en muchos cuadros, como la gran pintura al óleo que hasta la fecha existe en el crucero oriente de la iglesia de San Fernando.

maneras, surge esta pregunta: ¿qué se pintó allí, cuando se ejecutaron los otros cuadros? No es probable que se haya dejado todo ese importante muro en blanco, cuando hasta los estrechos espacios a los lados de la arquería fueron aprovechados. Es posible que se haya modificado este mural cuando se repintó la sobrepuerta, pero creemos que bien pudo haber representado el primitivo algún tema mariano, y hasta guadalupano, ya que, desde antes de 1697, año en que publicó fray Agustín de Vetancurt su obra, existía en el convento una capilla dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe. ¿Sería una imagen como la que en 1622 grabó en cobre Samuel Stradano? Salta a la vista que, en época más o menos reciente, se quiso borrar la Virgen de Guadalupe, que estaba allí pintada; pero quedaron claras huellas de ella, debajo del cuadro moderno de dicha advocación que, con marco y todo, manos piadosas han colgado en su lugar.

La importancia de estos murales de la Portería de Ozumba justificaría, a nuestro entender, una cuidadosa restauración o, cuando menos, que se tomaran acertadas medidas para impedir la destrucción total de tan importante aspecto del arte virreinal del siglo xvii.

REFERENCIAS

Bernal Díaz del Castillo.—*Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. México, 1939.

Fray Jerónimo de Mendieta.—*Historia Eclesiástica Indiana*. México, 1870.

Manuel Toussaint.—*Arte Colonial en México*. México, 1949.

George Kubler.—*Mexican Architecture of the Sixteenth Century*. New Haven, 1948.

Fray Juan de Torquemada.—*Monarquía Indiana*. Madrid, 1723.

Fray Agustín de Vetancurt.—*Chronica de la Provincia del Santo Evangelio de México*. México, 1697.

Manuel Romero de Terreros.—*Samuel Stradano. Imagen de la Virgen Nuestra Señora de Guadalupe*. México, 1948.

Descripción de la Provincia Franciscana del Santo Evangelio de México hecha el año de 1585. México, 1947.

Dr. Fernando Ocaranza.—*Itinerario franciscanista de Chalco a Ozumba*. En *El Universal*. México, 22 de octubre de 1948.

Protocolo de la Provincia del Sto. Euangelio, en que se escriuen y asientan las memorias de todos los conuentos de esta Sta. Prova. 28 octubre 1662.—MS.